

VIAJEROS DEL VIENTO

SONIA PERICICH

Título: Viajeros del viento

Autor: Sonia Pericich

Diseño de cubierta, edición y publicación: Sonia Pericich

Viajeros del viento – 1ra Edición

80 p. 12,85 x 19,84

Impresión y distribución: Amazon KDP

desde el mes de Septiembre de 2020

ISBN: 9798678228789

Sello: Independently published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A las almas inquietas.
A los corazones rebeldes.*

Buen viaje.

Un rato antes del amanecer, como siempre, Flavia despertó. Miró el techo por unos minutos y luego saltó de la cama para tocar la campana que despertaría a Héctor, quien la acompañaría al campo a buscar la leche fresca, como cada mañana.

Bajó al comedor descalza para que el frío en sus pies la espabile, puso algunas ramas secas en la chimenea y encendió el fuego.

Héctor entró apurado trayendo consigo una ráfaga gélida que casi apaga la Lumbre Eterna de la casa. Flavia lo miró amenazante; iban dos veces ya, desde que trabajaba con ella, que debía retrasar sus tareas por ir en busca de una nueva llama a la Casa Prima por su culpa.

—Perdone —dijo agachando la mirada, y avanzó con respeto hacia ella.

—Parece que viene una tormenta —comentó Flavia. A través de la ventana podía ver el horizonte renegrido—. Tendremos que repartir rápido hoy.

—Ya mismo empiezo, señora —respondió Héctor, y enfiló hacia la puerta trasera, pero Flavia lo detuvo.

—Calma, Héctor, hay tiempo para un jarro de leche tibia.

Desde que su anterior compañero, Carlos, desapareciera sin dejar rastro, Flavia se había vuelto un poco menos estricta, aunque ella misma no lo notara. No sabía si de verdad tendrían tiempo, pero no quería que Héctor enfrentara aquella fría mañana con el estómago vacío.

Del otro lado de la calle, Eugenia aún dormía a pesar de la pesadilla que estaba teniendo. Sus párpados se movían rápido y su respiración era fuerte, pero por alguna razón no despertaba.

En la cama de al lado, Pedro estaba sentado observándola. Dudó un momento y luego decidió arrojarle un pequeño almohadón tejido para sacarla del trance. Eugenia se agitó un poco, abrió grandes los ojos —lo más que se lo permitían sus párpados caídos—, miró a su alrededor y volvió a dormirse casi de inmediato. Pedro hizo lo mismo, tapándose por encima de la cabeza.

Afuera un viento indómito anunciaba un día duro y un trueno previsor lo secundaba.

Mirta y Telma despertarían un poco después, con la salida del sol, que aunque se escondiera detrás de la espesa negrura de la tormenta, vencía a la oscuridad de la noche para dar paso al nuevo día.

Desde la ventana, al correr las pesadas cortinas de hilo color beige, Mirta pudo ver a Héctor y Flavia al pie de la colina, arreando las vacas hacia el establo.

—Telma, viene tormenta. Flavia va a venir temprano.

Telma se acercó a la ventana y comprobó lo que Mirta decía. El cielo se oscurecía cada vez más, y de una forma que no recordaban haber visto antes.

Al pie de la colina, sin la resistencia de las casas del pequeño pueblo, la tormenta se expresaba con libertad venciendo las ataduras del largo cabello de Flavia e intentando robarse de un zarpazo el sombrero de Héctor, a pesar de los fuertes lazos de cuero anclados a su barbilla.

—Vamos, Héctor, esto no se ve nada bien. Volvamos a la casa rápido —dijo Flavia, al-

zando un poco la voz. El viento se llevaba sus palabras en la dirección contraria y temía que Héctor no la escuchara.

El ganado estaba inquieto y les costaba bastante dominarlo, hasta que un rayo cayó a escasos metros haciendo que todas las vacas corrieran a refugiarse en el establo, guiadas por su instinto. El sauce que recibió aquel presumible rayo, dejó caer vencido una de sus ramas más gruesas produciendo un lastimero sonido que no llegó jamás a oídos de Flavia; ella solo podía escuchar un agudo silbido.

Esta vez, Eugenia sí despertó.

—¡Pedro! —Exclamó— ¡Despierta!

—Estoy despierto —respondió Pedro, atento a la colina y al cielo amenazante, mientras se ponía sus botas y su chaleco para salir a ayudar a Flavia y Héctor.

Eugenia salió con celeridad de la cama y también se asomó a la ventana para ver el ennegrecido cielo. Detrás de aquellas nubes casi palpables, se veían resplandecer miles de luces que no lograban penetrarlas.

Otro rayo cayó sobre la colina, al tiempo que Héctor trancaba la puerta del establo pa-

ra ir detrás de Flavia, lo más rápido posible, hacia la casa.

Solo llevaban un balde de leche, no habían tenido tiempo de conseguir más.

Pedro los recibió a pocos metros de la entrada trasera, pero Flavia le hizo señas indicándole que buscara refugio. No tenían suficiente para repartir, tendrían que esperar a que pasara la tormenta.

—Creí que tendríamos tiempo de sacarlas a pastar, pero tuvimos que volver muy pronto. Solo trajimos un balde. Toma un jarro y corre a tu casa, Pedro. Los demás tendrán que esperar —explicó Flavia una vez dentro de la casa.

Pero en ese momento otro rayo cayó en plena calle, frente a la preocupada Eugenia y las expectantes Mirta y Telma, que observaban el cielo detrás de sus respectivas ventanas. Los demás habitantes del pueblo cerraban sus celosías y trancaban sus puertas, mientras en la Casa Prima comenzaba a sonar la campana de anuncios con su talante preventivo.

La Lumbre Eterna de la casa de Flavia temblaba. A pesar de que todas las puertas y ventanas habían sido cerradas, parecía que el

irrespetuoso viento lograba colarse aunque no fuera bien recibido. Pedro tuvo que quedarse, lo decidió al ver pasar casi volando por la polvorienta calle el carro que utilizaba su vecino, José, para repartir la leña.

Comenzó luego a oscurecer de tal manera que parecía haber vuelto la noche, como si aquel viento la estuviese arrastrando desde el horizonte y no la dejara irse. Después hubo tres segundos de una preocupante y aterradora calma que presidió lo que sería la peor tormenta que habían visto los habitantes de Oslobo en toda su existencia.

Pero había algo extraño en ella.

Todas las casas de Oslobo eran de madera y bastante precarias, sin embargo el viento parecía no hacerles daño. A través de las improvisadas celosías, con los ojos achinados, todos podían ver que por las calles desfilaba cuanto carro, balde o planta existiera en el pueblo, pero sus techos no crujían y sus paredes no temblaban, apenas una brisa penetraba incomodando a la Lumbre.

Desde la pequeña ventana de la puerta trasera, Héctor podía ver que el establo también parecía ser ignorado por aquel extraño fenómeno, sus puertas estaban inmóviles

mientras los árboles alrededor danzaban desesperados.

El negro cielo era una fiesta de luces que hacía que todo se viera como en una animación cuadro por cuadro. Negro, caos, negro, caos, negro, caos.

Luego, un agudísimo grito.

Flavia miró a Pedro y a Héctor como buscando una respuesta. ¿Quién podría estar ahí afuera a merced de aquel temporal?

Entonces, con la misma rapidez con la que había llegado, la tormenta comenzó a alejarse. Las nubes se disolvían devolviendo poco a poco la luz que se habían robado, y desde el horizonte, tímido en su despertar pero ya presto a cumplir con su labor desde hacía rato, el sol se dejaba ver triunfante.

Apenas el cielo les dio seguridad, todos salieron de sus casas. Las calles eran un cementerio de maderas y hojas, sin embargo sus galerías y frentes estaban intactos.

—¿Todos están bien? —preguntó Telma acercándose a Pedro.

Él asintió con la cabeza.

—Oímos a alguien gritar —dijo Héctor, y se quedó callado de pronto, con la mirada fija en un montón de hojas agolpadas cerca de la precaria escalera de la casa de Pedro.

